

MECENAZGO E INDEPENDENCIA INTELECTUAL

POR

LUIS FARRÉ

“Toda la vida es servidumbre. Hay que acostumbrarse, por lo tanto, a la condición propia y, sin quejarse de ella lo más mínimo, aprovechar la comodidad que se tenga alrededor; nada hay tan acerbo en que no encuentre consuelo un ánimo ecuánime.” (SÉNECA, *De tranquillitate animi*, X, 4.)

Crisipo, estoico de la decadencia romana, cuando la escuela a que pertenecía se apartaba del rigor que le impusieron Zenón y sus inmediatos discípulos, abandonaba la independencia de ánimo y el voluntario apartamiento que les caracterizaba, al reconocer y aprobar tres formas de ganarse honestamente la vida: la enseñanza, cortejar a los ricos y servir a los príncipes y al Estado. Los espíritus más exquisitos de Roma, quizá muy a su pesar, tuvieron que someterse, casi sin excepción, a esta especie de servidumbre, a fin de poderse dedicar, sin agobios económicos, a su vocación literaria. En su condición de clientes o protegidos, obligados a acompañar a su señor al foro, a escuchar y tal vez aplaudir sus insípidos discursos y, al verse constreñidos a dedicarle, en dítirambos matizados de extremados elogios sus composiciones, dábanse cuenta que no sonarían a plena sinceridad disertaciones morales o filosóficas que invitaran al retraimiento o a la perfección espiritual, sin importárseles del mundo y sus señores. Las prédicas morales podían parecer más adecuadas en hombres favorecidos por la fortuna que, caso de practicar el sometimiento, nunca era en forma tan explícita. Pertenecían estos lujos a hombres como Cicerón y Séneca, a pesar de que el primero oscilaba en política, cautamente, entre César y Pompeyo, y no dudó el segundo en prestarse a los caprichos de Nerón.

Pero en Roma apenas si un solo poeta pudo librarse de ir a la zaga de un poderoso. Necesitaban su pan y su techo. Si se hubieran resistido, si quizá como Diógenes el Cínico o Zenón el Estoico, hubieran preferido gozar a solas de su independencia y de las ideas con que se regocijaban mentalmente, ¿podría el mundo hoy gozar la lectura del poeta *De rerum natura*, de la *Eneida*, de los versos incomparables de Horacio y de los epigramas de Marcial, para no citar sino a unos

pocos? Es casi seguro que no; su vocación, que era intensa, hubiera muerto o desfallecido ante las urgencias de la vida material.

* * *

Cuando se advierte una peculiaridad en la literatura latina, el primer interrogante que nos formulamos es éste: ¿se trata, quizá, de una herencia griega? ¿O, en este caso, en qué forma los griegos practicaron el mecenazgo? Naturalmente, percibimos trazas e indicios en los poetas griegos, aunque no excesivos; y, sobre todo, no comprobamos la persistencia en querer cobijarse bajo la capa generosa de un hombre a quien se ofrece, como en rendido homenaje, todas o casi todas las producciones del intelecto.

No atribuyamos, sin embargo, esta abstinencia helena a limpia virtud de independencia intelectual. No precisaban la mayoría de los poetas griegos de rodrigones económicos; poseían suficientes bienes familiares o se los conquistaban con su propio trabajo. Libres de premuras materiales, podían escribir sin sumisiones de esta índole, aunque no dejan de notarse algunas en el más grande de los líricos griegos: en Píndaro, excusables en gran parte por el entusiasmo que le inspiran los vencedores olímpicos.

Además, y esto sí que cabe destacarlo en elogio de la cultura griega, la intelectualidad y la sabiduría eran apreciadas por sus propios valores internos. Aun antes de que Sócrates loara la sabiduría, conceptos que tan brillantemente desarrollarían Platón y Aristóteles, los helenos se inclinaban reverentes ante toda obra cultural; respetaban la independencia y las ideas de sus pensadores; no existía un peligro serio de persecución o de malestar. Incluso les era factible a los poetas, en un exceso de licencia literaria, ironizar de tal forma con las personas, que, como lo hiciera Arquíloco con Lyambés y una de sus hijas, las redujera a una desesperación tan extrema que, según una tradición, se ahorcaron para escapar al ridículo. No es de extrañar que se atrevieran con los seres humanos, cuando tan poco respetuosos eran con los inmortales. Ejemplo único el de Grecia, sobre todo en su época clásica, en que era permitido, sin peligro de persecución ninguna, que Eurípides y Aristófanes se burlaran de los dioses, y que el último atacara, con nula consideración, a los más grandes trágicos y a filósofos muy venerados, como Sócrates.

Lo dicho es sólo introductorio para comprender mejor a los poetas latinos, y también para restar importancia, por el conocimiento de las diversas circunstancias que condicionaban sus respectivas sociedades al sentimiento de menosprecio que pudiera nacer en nosotros por la actitud de aparente adulación que notamos en los hombres del La-

cio. Eran, tanto la griega como la latina, sociedades de clases; mucho más cerrada la primera que la segunda. Platón en su *República* y Aristóteles en la *Política* nos describen un proyecto de organización social tan ordenada que los grupos humanos están irremisiblemente, desde su nacimiento, como obligados a mantenerse dentro de un determinado estamento social. Es uno de los aspectos de la armonía, en que insisten aquí y en otras partes, en sus sistemas filosóficos. Fueron filósofos posteriores, Epicuro y Zenón, quienes romperían estos moldes; precisamente los que ejercieron más destacada influencia en la sociedad latina.

La dedicación a las letras entre los griegos era una tarea que sólo podían adoptar los que disponían de tiempo para el ocio, esto es, que estaban libres de urgencias materiales; alternativas de descanso que se imponían los hombres de armas, los gobernantes e incluso algunos artesanos. Es la *vita otiosa*, codiciado descanso de que nos hablan frecuentemente filósofos y poetas latinos. “Constituía un privilegio de los aristócratas. El simple hecho de dedicarse a las letras era ya un indicio de aristocracia, no sólo en un sentido moral, en cuanto importa el desarrollo de las más elevadas facultades, sino también de clase. Al siervo, al esclavo o al bárbaro, según Aristóteles, o al que no pertenecía a la clase selecta de los filósofos, según Platón, no se le reconocía capacidad ni se le otorgaba facilidad ninguna para que se dedicara a la especulación mental. El epicureísmo y, principalmente, el estoicismo, de escasa influencia en Grecia, pero que constituyen como el alma de la intelectualidad romana, cambiaron esta actitud. El plebeyo e incluso el esclavo pueden, con idénticos derechos que el noble, aspirar a destacarse como adictos a las letras. El pedagogo, adoctrinador de los hijos de los *quirites*, era ordinariamente un esclavo, quien a veces, por su elevada cultura, como Epicteto, lograba ascender a liberto. Doctrinariamente estos procedimientos se insinúan en Cicerón, y Séneca los defiende abiertamente. Una democracia en germen, preparatoria a la cálida aceptación del Cristianismo, se apoderaba de las mentes más distinguidas de Roma.

Sin embargo, quedaba todavía un residuo de la antigua *sjolé* griega. Dedicarse a las letras era una especie de ocio que, aparentemente, no podía practicarse sin una aristocracia propia o proteccional. Algo análogo a lo que observamos en la Edad Media y en el Renacimiento, épocas en que apenas si se publica libro ninguno, sin que lo preceda una dedicatoria melosa y adulatoria a un aristócrata o príncipe secular o eclesiástico. El concepto de clase, basado en la herencia o en el prestigio bélico o político, obraba en la subconsciencia de los poetas latinos. Arrimaban sus escritos a una grandeza mundanal y externa, quizá cre-

yendo que así los prestigiaban mejor, al mismo tiempo que se beneficiaban económicamente a sí mismos. Naturalmente esto exigía cierta dosis de adulación que malea a veces las líricas inspiraciones de un Horacio, e incluso la independencia de criterio de Lucrecio. Se precisa poseer un espíritu muy sutil y delicado para rechazar tales elogios, generalmente ausente de las personas que juzgan de la grandeza solamente por su brillo externo y que se encuentran en condiciones de poderla disfrutar, enceguecidos por el constante aplauso de la plebe para no aceptar y dejar de fomentar con regalos la alabanza fácil de personas intelectualmente mejor dotadas que ellos.

Intentemos también otra explicación. El literato griego era más andariego que el latino. A pesar de que el máximo centro cultural de Grecia era Atenas, descollaban también otras ciudades. Los filósofos y escritores helenos pasaban largas temporadas en el exterior, quizá en lejanas tierras, o se asentaba definitivamente fuera de aquella metrópoli de la ciencia y del arte. Había muy poco de ateniense en Safo y Píndaro; Aristóteles mismo, aunque morador temporalmente de Atenas, no ocultaba su antipatía macedónica por esta ciudad. Ante todo, eran griegos más que atenienses. Para los latinos, en cambio, existía una sola ciudad donde pudieran destacarse intelectual o literariamente: Roma. Roma era la cabeza del imperio; Roma distinguía la ciudadanía privilegiada; para sobresalir en algo, antes que todo había que ser ciudadano romano, por nacimiento, derecho o adopción. Y a la *Urbs*, por antonomasia, se dirigían desde cualquier parte del Imperio. para que sus dones intelectuales lograsen reconocimiento y progresivo desarrollo. A Roma viajaban, desde la remota España, Quintiliano, Marcial y Séneca; en Roma, la bulliciosa y engreída, buscó refugio, desde la Magna Grecia, un carácter misántropo y retraído como Lucrecio. Todo hombre de ambiciones y aspiraciones, fueran de la índole que fueran, y por mucho que repugnara a su carácter, debía acudir a Roma.

Roma estaba congestionada de escritores de toda índole. No era fácil distinguirse entre la multitud de ambiciosos, dispuestos a triunfar cayera quien cayera y sin mirar en los medios. Horacio regresaba presuroso de su retiro en la Campiña, para atender al éxito de sus libros y quizá para hacer frente a una deshonesto competencia; Ovidio, en el destierro de Ponto Euxino, escribe *Tristia*, lacerados sus sentimientos por no poder morar en Roma; el mismo Marcial, que después de una larga permanencia en la ciudad, y quizá fastidiado por no haber logrado el éxito que esperaba, se retirara a su pago de la España Tarraconense, Bilbilis, desde ahí suspira nuevamente por Roma. Para